

Helena de Troya: una heroína controvertida

Helen of Troy: a controversial heroine

RESUMEN

En este trabajo intentamos analizar, aunque no exhaustivamente, la figura de Helena desde Homero hasta nuestro tiempo, su evolución o transformación, sus distintos significados y simbolismos, según la época de que se trate, sin cerrar el tema, pues ello sería imposible, sino dejándolo abierto y comprender así mejor la transmisión mítica.

Palabras clave: Helena, autores griegos, autores latinos, pervivencia y significados.

ABSTRACT

This paper tries to make a non-exhaustive analysis of the character of Helen of Troy, from Homer to the present day: her evolution or transformation, her different meanings and symbolisms, always depending on the period of time at issue and without fully closing the topic –impossible task–, but leaving it open for a better understanding of the transmission of the myth.

Keywords: Helen, Greek authors, Latin authors, perdurance and meanings.

SUMARIO

- Presentación.- Autores griegos.- Autores latinos.- Pervivencia y conclusiones.

La leyenda de Helena se vincula indefectiblemente a la guerra de Troya, ciudad cuya destrucción se tramó por los dioses porque la diosa Gea, agobiada por el excesivo peso de población humana que soportaba, población además impía, pide a Zeus que la aligere de carga. Bien por consejo de Temis o de Momo, Zeus engendra una hija bellísima, Helena, nacida de un huevo fruto de la unión de este dios (transformado previamente en cisne) con Leda o con Némesis². Zeus, por otra parte, casa a la nereida Tetis con el mortal Peleo, y en el banquete de bodas, la diosa Discordia, llena de rencor por no haber sido invitada, se presentó y arrojó entre los comensales una manzana que, según algunos testimonios, llevaba la inscripción «para la más hermosa».

Surgió entonces la disputa entre Hera, Palas Atenea y Afrodita pues cada una de ellas se consideraba destinataria del fruto con la citada inscripción, y Zeus las envió ante Paris (o Alejandro) para que éste dirimiera el conflicto. Cada una de las diosas

1 Universidad Complutense de Madrid. Catedrática de Filología latina.

2 No entramos en detalle de los textos que presentan distintas versiones sobre si la madre de Helena fue Leda o Némesis, ni sobre cuál de las dos la cuidó después de nacer.

ofreció un premio. Afrodita, en concreto, prometió al troyano el amor de la mujer más hermosa si fallaba a su favor; así lo hizo Paris y consiguió su recompensa cuando raptó a Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta.

Hasta aquí un resumen de la leyenda (en líneas generales y sin variantes) que se nos ha transmitido. Ahora bien, el hecho de que la tradición esté compuesta de pasado, no quiere decir que sea todo el pasado, ya que quedaría reducida al humilde rango de un depósito formado por una acumulación pasiva, mas no es así. La tradición ejerce una función selectiva de forma que ofrece lo mejor de lo que hicieron los mejores, que en el tema que nos ocupa, serían los clásicos greco-latinos.

Si ha habido un personaje de la mitología clásica ensalzado y vilipendiado a través de los tiempos, podemos decir que ese es Helena, Helena de Troya. Desde ser considerada casi una diosa, paradigma de belleza, o instrumento de los designios divinos, hasta tenerla como prototipo de adúltera, de mujer objeto o como la Mata Hari de la Antigüedad, Helena ha pasado por todo. Son abundantes los autores y obras de las literaturas griega y latina que recalcan en este personaje fascinante así como numerosas son las variantes sobre su leyenda. En este trabajo no nos detendremos minuciosamente en cada una de ellas, pero remitimos al espléndido trabajo de Antonio Ruiz de Elvira (1974), al muy documentado libro de Maurizio Bettini y Carlo Brillante (2008) y al ameno estudio, acompañado de reproducciones de cerámica sobre episodios y personajes homéricos, de María Cruz Fernández Castro (2001).

Autores griegos

La fama de Helena, buena o mala, nos llega indefectiblemente vinculada a la materia troyana y a la más famosa de las guerras, la de Troya. Ya Homero predijo su pervivencia cuando en *Ilíada* VI 357-358, Helena, dirigiéndose a Héctor, afirma que sobre ella y Alejandro pesa el designio de Zeus de «tornarse en materia de canto para hombres futuros»³. También Homero fue el que sentó las bases de algunos motivos literarios que de forma recurrente van a aparecer referidos a la figura de Helena: su belleza, su sentimiento de culpabilidad, que en principio implica su complicidad con Alejandro en el momento del rapto, y, en contraste, una supuesta ausencia de responsabilidad.

Y es así como, desde un principio, la heroína se presenta con rasgos contradictorios que quedarán reflejados en autores posteriores, bien se inclinen por su defensa, por su condena o adopten la más absoluta ambigüedad.

Como símbolo de los males que afligen a los héroes, Aquiles, cuando lamenta la muerte de Patroclo, reconoce que ésta le produce mayor pesar que el que podría causarle la de su propio padre, que en Ftía llora la ausencia de su hijo que lucha contra los troyanos por Helena, la que inspira horror (*Il.* XIX 324-325). También la culpan los ancianos compañeros de Príamo, cuando al verla en las puertas Esceas para presenciar el combate entre Menelao y Alejandro, comentan (*Il.* III 156-160):

3 Seguimos la edición de David B. Monro- Thomas W. Allen (1920³). Para los pasajes concretos de la *Ilíada*, hemos consultado la traducción de Emilio Crespo Güemes (1991).

No es extraño que combatan troyanos y aqueos, de buenas grebas,
 por una mujer tal estén padeciendo duraderos dolores:
 tremendo es su parecido con las inmortales diosas al mirarla.
 Pero aun siendo tal como es, que regrese en las naves
 y no deje futura calamidad para nosotros y nuestros hijos.

Palabras estas que entrañan el veredicto de culpabilidad, a pesar de su belleza. En contraste, Príamo no la considera un mal, ni tampoco culpable pues «los causantes son los dioses, / que trajeron esta guerra, fuente de lágrimas, contra los aqueos» (*Il.* III 164-165). También Penélope, en la *Odisea* (XXIII 318-324), exculpa a Helena cuando confiesa a su esposo que durante su ausencia sintió terror de que algún mortal la engañase con falsos argumentos, como le ocurrió a Helena: al engaño de Alejandro se sumó el que «un dios le inspiró esta afrenta, pues jamás ella la habría concebido»⁴.

Así, se manifiestan opiniones contradictorias sobre nuestra heroína, voces de otros. Pero ella, ¿qué piensa de sí misma? De nuevo recurrimos a Homero, autor que la presenta indecisa, confusa, víctima de una lucha interior: ella se siente culpable de la mortandad que la rodea, consecuencia de haber acompañado de buen grado a Alejandro, voluntariedad implícita en su respuesta a Príamo, según leemos en la *Ilíada* (*Il.* III 173-176): «¡Ojalá la cruel muerte me hubiera sido grata cuando aquí / vine en compañía de tu hijo, abandonando tálamo y hermanos, / a mi niña tiernamente amada y a la querida gente de mi edad!»

En más de una ocasión, Helena dice que querría haber muerto y no haber hecho lo que ha hecho; se debate entre el arrepentimiento, por un lado, y la atracción y a la vez desprecio que siente por Alejandro. El conflicto interior se plasma en su resentimiento contra el troyano, cuando éste, salvado por Afrodita en el duelo con Menelao, recibe a Helena en la alcoba. La mujer ha ido empujada por Citerea y ante un Paris que parece haber vuelto de una fiesta más que de un grave combate, le espeta que ella habría deseado que hubiera muerto ante el fuerte guerrero que fue su primer marido (*Il.* III 428-429).

Sea como fuere, Helena sentía la hostilidad de los troyanos, aunque Príamo la tratase con bondad y también Héctor fuese amable con ella, tal como lo recuerda cuando une su llanto al de Hécuba y Andrómaca ante el cadáver de este ilustre héroe, cuya muerte ha dejado a Helena sin su mejor valedor pues todos se aterrorizan ante ella (*Il.* XXIV 761-775).

A la luz de estos datos, es claro que Homero plantea un conflicto moral, pues da a entender que Helena consintió su rapto, y por tanto es culpable, pero la exime de responsabilidad: ésta corresponde a los dioses que, libres de toda preocupación, condenan a los mortales a vivir en el dolor. Así en la *Ilíada*.

En la *Odisea*, aunque el motivo de la culpabilidad sigue estando presente, a Helena se le ofrece una segunda oportunidad.

4 Utilizamos la edición de Thomas Allen y D.B. Monro (1963). Para los pasajes de la *Odisea*, hemos consultado la traducción de Carlos García Gual (2004).

En efecto, la Helena odiseica es una mujer ponderada y llena de majestad. Está de nuevo en su hogar con su esposo (ironías del destino), pero la llegada de Telémaco para conseguir noticias sobre su padre Ulises, le recuerda su falta y culpabilidad: por su culpa lucharon los aqueos y por ella Ulises salió de su hogar (*Od.* IV 138-146). Y cuando la tristeza embarga a todos, Helena vierte una droga en el vino para que olviden los males (*Od.* IV 219-226) y, añadiríamos nosotros, también su falta.

Como ya hemos visto, también Homero describe la belleza de Helena, cuando en las puertas Esceas, cubierta con finos linos de luciente blancura, resalta por su resplandor y belleza entre los héroes cubiertos de oscuro polvo y negra sangre. Esta es la Helena homérica: hermosa como una divinidad, maga, culpable pero no responsable.

En este punto, es necesario señalar que la belleza de Helena siempre aparece vinculada a su semejanza a una diosa. Mucho se ha escrito sobre este extremo y ha surgido el debate entre los estudiosos. Para algunos, la figura de Helena tiene su origen en una divinidad de la vegetación en el ámbito espartano y rodio como demuestran testimonios sobre el llamado «árbol de Helena», un plátano frondoso que proporcionaba amplia sombra. Otros, sin embargo, han negado rotundamente que Helena de Troya tenga su origen en una divinidad primitiva: su origen es heroico y, por tanto, humano. Para más detalles sobre esta cuestión, remitimos a M. Bettini y C. Brillante (2008: 187-188).

Pero si se tiene en cuenta el carácter tradicional de la poesía homérica, es posible que en relatos alternativos y locales se hubiera producido en un momento dado esa humanización, permaneciendo reminiscencias de la primitiva diosa.

Hesíodo (fr. 176)⁵ expresa su opinión, nada favorable, sobre las hijas de Tíndaro: ellas nacieron bígamas, trígamas y abandonamaridos, y así Helena deshonoró el lecho del rubio Menelao, dejando patente su condición de adúltera.

Esta condición se incorpora al personaje literario de Helena y prueba de ello son las noticias que se nos ha transmitido sobre Estesícoro. Este ingenioso poeta del siglo VII-VI a. C., según nos transmite Platón (*Fedón* 243 a-b)⁶, tuvo la ocurrencia de componer un poema homónimo sobre Helena, difundiendo su mala fama; por ello fue castigado con la ceguera. Estesícoro, en esta situación, rectificó y compuso otro poema llamado *Palinodia*, en el que se retracta y confiesa haber mentido pues Helena nunca embarcó en las naves ni marchó a la ciudadela de Troya, y así recobró la vista.

Precisamente a la *Palinodia* de Estesícoro se le atribuye la fijación literaria de un motivo, según el cual Paris no llegó a Troya con la hermosa mujer de Menelao sino con un simulacro.

En este sentido se expresa Heródoto (II 112-120)⁷, para quien Helena sería inocente porque no estuvo en Troya, ya que Paris fue obligado por Proteo, rey de Egipto, a dejarle a la hija de Tíndaro y a seguir sin ella su viaje de vuelta a Troya, por lo que afirma que era imposible que los troyanos la devolvieran porque en realidad no la tenían. Según su opinión, la divinidad dispone las cosas para hacer patente a los hombres, con la total destrucción de Troya a causa de la felonía de Paris, que para las grandes faltas, grandes son también los castigos.

5 Edición de R. Merkelbach-M. L. West (1963)

6 Edición de I. Burnet (1961-1964).

7 Edición de H. B. Rosen (1997).

Nos dice Heródoto (II 116) que posiblemente hubo una variante en la tradición que trataba de la retención de Helena en Egipto y de la presencia de su «contrafigura» en Troya, tradición que seguramente conoció Homero, pero que no incluyó en su *Iliada* por no convenir a su discurso épico, aunque detecta vestigios de esta versión en el relato del curso errante de Alejandro, que perdió el rumbo cuando se llevaba a Helena y arribó a Sidón de Fenicia (*Il.* VI 289-292). También en la *Odisea* hay guiños a la estancia de Helena en Egipto ya que se sirvió de las drogas que le dio la egipcia Polidamna (*Od.* IV 227-230).

El tema de Helena no sólo fue tratado por poetas o historiadores, sino también por los rétores, que se sintieron fascinados por él. Un ejemplo claro lo constituye Isócrates, quien compuso un *Elogio a Helena*, en el que afirmando su presencia en Troya, la ensalza hasta convertirla no sólo en símbolo de la belleza suprema, sino en estandarte patriótico del panhelenismo ya que, gracias a ella, Europa levantó su trofeo en Asia (X 67).

En este recorrido por diferentes autores griegos, vamos a hacer especial hincapié en Eurípides⁸, pues nos proporciona en sus tragedias troyanas acopio de motivos tradicionales en el tratamiento de Helena: su defensa y su ataque, su culpabilidad o inocencia.

Así, en el *Orestes* (1305-1310)⁹, Helena merece morir y entra en el plan de venganza tramado por el hijo de Agamenón y secundado por su compañero Pílates. El corifeo aprueba la acción, proclamando que la hija de Tíndaro merece ser odiada por todas las mujeres cuya raza infamó. Electra misma proclama que Helena debe morir por haber abandonado a su padre y su matrimonio, siendo causa de que perecieran tantos helenos. Se plantea abiertamente el motivo del adulterio y, por tanto, de la culpabilidad de Helena.

Pero, como sabemos, al final de esta tragedia Helena es salvada por el dios Apolo y colocada en el cielo junto a las estrellas de sus hermanos, Cástor y Pólux. De esta manera, Eurípides, que plantea la condena de Helena y para la que su muerte parece inevitable, resuelve la situación mediante el recurso del *deus ex machina*. Por otra parte, la alusión a la posible muerte de la heroína parece responder a una tradición de la que nos proporciona noticias más exactas Pausanias, pero con la intervención de otros personajes. Este autor¹⁰ cuenta que, según los rodios, cuando Menelao murió y Orestes todavía era un vagabundo, Helena fue llevada a Rodas por Nicóstrato y Megapentes. Y allí fue recibida por Polixo, esposa de Tlepólemo. Mas ésta, deseosa de vengar la muerte del marido en la persona de Helena, puesto que la tenía en sus manos, disfrazando a sus criadas de Erinias, las lanzó contra ella empujándola al suicidio (*Descripción de Grecia* XIX, 10).

Volviendo a Eurípides, en su *Hécabe* también se injuria a Helena (946-947), tachada nuevamente de adúltera y de plaga, a la que se le desea que nunca llegue a ver su hogar. En las *Troyanas*, se incluyen motivos consagrados por la tradición, aunque el trágico los recrea y los presenta como nuevos. En efecto, cuando Menelao ordena, espada en mano,

8 Utilizamos la edición de G. Murray (1962-1963).

9 Hemos consultado la traducción de J. A. López Férrez-J. M. Labiano (2004).

10 Seguimos la edición de T. E. Page (1959).

que Helena sea traída ante él para castigarla con la muerte, Hécuba reprocha a Helena «...sales bien ataviada y osas mirar al mismo cielo que tu marido, despreciable...» (1022-1024). Esta Helena, acicalada y coqueta, ya la vimos en Homero cuando aparece para ver la lucha de Menelao contra Alejandro y despierta murmullos de admiración por su belleza.

Eurípides parece haberse inspirado en el motivo más descarado que introduce Lesques (700 a. C.) en la *Pequeña Iliada*: ante la amenazadora actitud de Menelao, Helena le deja ver un pecho por el escote de la túnica. Sea como fuere, la heroína consigue que el Atrida retarde e incluso se olvide de su venganza, actitud que Peleo reprocha a Menelao, en la tragedia *Andrómaca*, porque cuando capturó Troya, en vez de matar a Helena, al verle un pecho, tiró la espada (627-630).

No podemos cerrar el tratamiento euripideo de Helena sin aludir a su tragedia homónima *Heléne*, pieza en la que no falta el *happyend*. Hay que señalar que se desarrolla como argumento la versión del simulacro o el doble de Helena. En efecto, no fue ella, sino su contrafigura la que estuvo en Troya, pues la auténtica Helena fue llevada a Egipto por Hermes, que cumplía así órdenes de Hera. Menelao rescatará de Troya la falsificación, que cambiará por su esposa real en Egipto; aquí tendrán que burlar a Teoclímeno, quien también pretende casarse con Helena. Por fin, el matrimonio consigue marchar a Esparta, su patria.

En esta obra se nos presenta a una Helena desmitificada, transformada en una insulsa y tradicional esposa que no conoció a otro hombre que a su marido, y que, para colmo, será tenida por la más valiente y casta mujer, según proclama el propio Teoclímeno: «Sabed (dice a los Dióscuros), no obstante, que sois hermanos consanguíneos de la mujer más sobresaliente y moderada y alegraos por Helena, la mujer de mejor y más noble corazón e inteligencia, cosa que no suele encontrarse en la mayor parte de las mujeres» (*Helena* 1680-1687).

A los rasgos que van configurando a Helena como un personaje literario poli-mórfico, contradictorio y complejo procedentes de fuentes griegas, hay que añadir las aportaciones de poetas latinos.

Autores latinos y Quinto de Esmirna

No puede extrañar el tratamiento que le da Virgilio en su *Eneida*¹¹. En efecto, en el libro II, el relato de Eneas sobre la toma de Troya, atendiendo al ruego de Dido, reina de Cartago, nos proporciona una imagen terrible de Helena; ella es vista como la odiosa Erinia de su patria y de Troya: «furia Erinia común a Troya y a su patria» (II 573). Descubierta por Eneas, en medio del tumulto y la muerte que ha invadido el palacio de Príamo, provoca en el héroe furor, rabia y ansias de venganza. Tal es así que se dispone a matarla, aunque ningún renombre consiga por quitar la vida a una mujer (II 583-587):

Aunque con el castigo de una mujer no se consigue renombre ni la victoria trae consigo la fama, con todo se me alabará por haber eliminado a un ser monstruoso

11 Seguimos la edición de Roger A. B. Mynors (1969).

y aplicado el castigo que merecía, y será un placer haber colmado mi espíritu con el fuego de la venganza y haber aplacado las cenizas de mis seres queridos.

En estos versos, como ha señalado con gran acierto Aurora López (2007: 261), «Virgilio caracteriza al antihéroe porque castiga a un ser débil que no está en igualdad para medirse con él, y que además se deja arrastrar por el *furor*». El conflicto se dirime con la aparición de Afrodita, madre de Eneas, quien le insta a volver a lo más importante: la salvación de su esposa Creúsa, de su padre Anquises y de su hijo Ascanio, y la fundación de una nueva Troya.

La segunda mención importante de Helena en la *Eneida* la encontramos en el libro VI (708-767), cuando el héroe troyano identifica en el mundo de las sombras, terriblemente mutilado, a Deífobo, hijo de Príamo y esposo de Helena después de la muerte de Paris. La Tindáride urdió una horrible trama, pues facilitando a Menelao la entrada a su alcoba troyana, éste sorprendió a Deífobo durmiendo y lo mató y mutiló, sin que tuviera ocasión de defenderse ya que Helena le había quitado su espada.

Otro poeta latino, Ovidio (*Heroidas* XVI y XVII; Paris a Helena, Helena a Paris)¹², nos ha dejado una inolvidable semblanza de Helena, recopilando y recreando motivos ya conocidos y, sobre todo, trazando una minuciosa descripción de su evolución psicológica.

En la *Heroida* XVI, Paris, por medio de una carta, le declara su amor a la Tindáride y le pide que lea sus palabras con expresión adecuada a su hermosura (11-12): «Perdona, te lo ruego, mi confesión y no examines el resto de la carta con semblante severo, sino con el que corresponde a tu hermosura.»

Realmente, dice Paris, fue la madre del Amor la que le exhortó a viajar, de modo que emprendió su misión por consejo divino y no le asiste una divinidad sin importancia (16-18): «Fue la madre del Amor la que me persuadió a emprender este viaje. Pues yo por consejo divino (para que no te equivoques por no saberlo) he llegado aquí y una divinidad de no poca importancia está detrás de mi iniciativa.»

El príncipe troyano reivindica a Helena para su tálamo como *praemia magna*, «valioso galardón», prometido por Citerea (19). No pretende riquezas ni conocer el país: *te peto*, «te busco a ti» (35), le dice, a la que ya deseaba antes de conocerla pues la fama de su belleza fue la primera noticia: *Te prius optavi quam mihi nota fores*, «Te deseé antes de que te hubiera conocido» (36).

A continuación, Paris expone toda una serie de explicaciones referidas al juicio que él dirimió entre las tres diosas, Juno, Minerva y Venus, y cómo él falló a favor de Venus por haberle prometido el amor de la hija de Leda, la muy hermosa. Con estos argumentos Paris desarrolla su discurso: que no se crea que no tiene posibilidad de escoger entre otras mujeres, sin embargo no hay que despreciar los dones de los dioses, etc., etc.

Luego pasa a describir cómo lo consumen los celos y le resulta insoportable ver al rudo Menelao abrazar su cuello (221-222): «Me molesta ser huésped cuando este patán pone sus brazos en tu cuello»

12 Utilizamos la edición de Francisca Moya del Baño (1986).

Expresa el dolor que ella le causa cuando coquetea y se ríe de su desgracia (229-230) «Muchas veces lancé gemidos y me percaté de que tú, veleidosa, no contenías la risa ante ellos».

Paris está en ascuas, sobre todo cuando recuerda que los pechos de su amada se ofrecieron a sus ojos al ahuecarse su túnica, motivo tradicional que ya conocemos, pero insertado en otro contexto (249-250): «Tus pechos, recuerdo, se salieron de tu holgada túnica y desnudos permitieron que mis ojos los vieran».

Por fin, Paris le propone aprovechar la ausencia de su marido, que casi la ha puesto en manos del amante (315-316): «Casi con sus propias manos conduce al amante hacia ti; aprovéchate de la candidez de un marido que te confía a mí».

Ella, hija de Júpiter y Leda, no puede ser casta; que cometa esta falta, le pide, y luego en Troya, que sea casta (293-295): «Difícilmente puedes ser casta tú que eres hija de Júpiter y Leda, si hay fuerza en la semilla de sus amores. Con todo, sé casta cuando te tenga mi querida Troya».

En la *Heroida XVII*, Helena rechaza, en principio, la proposición del troyano, esgrimiendo argumentos tales como que aunque parezca mojigata, al menos ningún adúltero se jactará de serlo por ella; le reprocha a Paris que se atreva a quebrantar las leyes de la hospitalidad, poniendo a prueba su fidelidad como legítima esposa. Lo que no entiende, le dice Helena, es la razón que alimenta su seguridad de que logrará su propósito: que fuera raptada ya una vez por Teseo¹³, no es indicio de que sea una mujer fácil, pues el hijo de Neptuno sólo consiguió robarle algunos besos (27-28): «Tan solo unos pocos besos me robó el descarado a pesar de mi resistencia, pero nada más consiguió de mí».

Si bien es verdad que la estirpe del troyano es ilustre porque desciende de Júpiter, la de ella no es menor: su padre es el mismísimo Júpiter (59-62): «Ve ahora y rememora los remotos orígenes del pueblo frigio y a Príamo con su Laomedonte. A éstos los respeto, pero el quinto ascendiente que para ti es la mayor gloria, ése es el primero de nuestro linaje».

Helena admite el poderío de Troya, aunque el de su reino no queda por detrás, es más, incluso supera al de Ilión. Por ello, el que le ofrezca regalos propios incluso de una diosa, no serán éstos, sino que Paris mismo será la causa de su culpa: o ella conservará su intachable fama o lo seguirá a él, no a sus regalos. Lo importante es el amor (70-76):

Yo o conservaré para siempre mi renombre sin tacha o te seguiré a ti mejor que a tus presentes, y aunque no los desprecio, pues los regalos son siempre bien recibidos, es el donante el que los hace valiosos. Mucho más importante es el hecho de que tú me amas y de que yo soy la causa de tus desvelos, y de que tu esperanza te ha traído a través de dilatadas aguas.

Helena se ha dado cuenta de todas las señales y gestos de complicidad que Paris le hace para comprometerla y ella reconoce haberlo entendido y haberle dicho «no»

13 Teseo raptó a Helena, ayudado por su amigo Pirítoos, cuando era casi una niña. Aquí Ovidio opta por la tradición de que el príncipe ateniense es hijo de Neptuno, no de Egeo.

con los ojos, aunque bien pudiera sucumbir a sus halagos. A Helena le agrada el troyano, mas, por otra parte, ella es casta. Otros muchos, como Paris, conocieron su belleza, sin embargo él ha sido más atrevido y aunque ella considera una ficción que Venus le prometiera su amor, no le disgusta que la diosa se fijase en ella, mas ¿por qué no vino a pedir su mano como los otros pretendientes? Ahora es demasiado tarde. Sin embargo, ¿por qué desistir? Se puede disimular (154): *Sed cur desistas? dissimulare potes*, «Pero ¿porqué desistir?, puedes disimular»; al fin y al cabo, Menelao está ausente: lo exhorta a que la fuerce si no logra convencerla (87): *Quod male persuades, utinam bene cogere posses!* «¡Ojalá me pudieras forzar a hacer lo que con dificultad tratas de convencerme!».

Helena, a través de la escritura ovidiana, expresa el debate que la consume valorando pros y contras, halagada y a la vez ofendida por la proposición de Paris, y cuando parece que ya está convencida de seguir al troyano, de nuevo vuelven las dudas por el recuerdo de otras mujeres engañadas por sus huéspedes con promesas de matrimonio nunca cumplidas: Hipsípila, Ariadna, Medea. Y como si esto fuera poco, le recuerda la fama de que él ha abandonado a Enone. Se imagina en Troya y el qué dirán Príamo y su esposa y los hermanos de Paris, ¿dónde estarán sus propios hermanos, su esposo y amigos?

Sin embargo, al final da esperanzas de que dejará a un lado su pudor y se entregará, vencida (261-262): «O quizás yo, dejando de lado el pudor, también me aprovecharé y con el tiempo me entregaré vencida y atada de manos».

Y termina su misiva proponiendo seguir en contacto a través de sus amigas Clímene y Etra (269-270): «Hablemos de las demás cosas por medio de mis compañeras Clímene y Etra, que son dos amigas y consejeras mías».

Ovidio deja, como en sus otras Heroidas, el final abierto para que el lector supla lo que no se dice pero que ya es sabido. Su Helena, aparte de hermosa, se proclama decente y esposa fiel; en contraste, como humana que es, se siente halagada por las palabras de Paris y se imagina en Troya, rechazada, pero disfrutando de sus riquezas: todo un entramado y evolución psicológica que culmina con el impulso irrefrenable del amor y de la aventura.

En contraste, el mismo Ovidio hunde a Helena en una profunda desmitificación (retomada por el poeta griego Yannis Ritsos), cuando en el libro XV de las *Metamorfosis*, en boca de Pitágoras, trata el motivo del *tempus edax rerum* (232-236):

Llora también la Tindáride cuando se ha visto en el espejo arrugas de vieja y se pregunta cómo la raptaron dos veces. ¡Oh tiempo devorador de la realidad y tú, envidiosa senectud!, todo lo destruí y corroyéndolo todo con los dientes de la edad poco a poco lo consumís en lenta muerte¹⁴.

Resulta imprescindible, llegados a este punto, abordar el tratamiento que de Helena nos proporciona Quinto de Esmirna (poeta griego del s. III d. C.). En contraste con la ambigüedad o contradicciones aparentes de otros autores de la

14 Traducción de Antonio Ruiz de Elvira (1983).

Antigüedad, Quinto de Esmirna adopta una actitud clara a favor de la inocencia de Helena y, en consecuencia, de su no culpabilidad. Como no es pertinente analizar en detalle el poema de Quinto de Esmirna y compararlo con otros autores, remitimos de nuevo al trabajo de Antonio Ruiz de Elvira (1974: 129-133).

En efecto, este poeta griego¹⁵, en los *Posthomerica* XIII 385-414 relata la escena en que Menelao encuentra a Helena escondida en el palacio de Príamo, temblando de miedo por su reacción en el encuentro. Y el espartano la habría matado con su espada si no hubiera intervenido Afrodita para impedirlo; la divinidad provoca que desaparezcan sus celos y que de nuevo brote el amor, sin embargo, para disimular ante sus compañeros, Menelao vuelve a coger la espada como si fuera a matar a su esposa, pero aparece Agamenón y le dice que refrene sus celos: Helena es inocente, el culpable fue Paris, quien ya pagó con su dolor.

Más adelante, en el libro XIV (17-19, 39-70, 149-179), Quinto de Esmirna narra cómo Helena salía de Troya con la cabeza cubierta con un velo, siguiendo los pasos de su marido; ruborizada y temerosa, como la diosa Afrodita cuando fue descubierta por su esposo en flagrante adulterio con Ares y quedó expuesta a la vista de todos los dioses. Sin embargo, por donde iba pasando la de Esparta, provocaba admiración la belleza de aquella mujer «sin tacha». Y cuando por fin llega el momento del descanso en la tienda, Helena le dice a Menelao que no lo abandonó por su voluntad sino que lo hizo forzada por Alejandro.

Esta es la versión del esmirneo, pero ¿no nos recuerda la acusación de Helena a Alejandro la sugerencia que le hace en la *Heroida* XVII?: *utinam bene cogere posses?*

Pervivencia y conclusiones

Como era de esperar, la figura de Helena sigue presente en la Edad Media gracias a la amplia recepción que tuvo la materia troyana a través, entre otros, de dos autores suplantadores de Homero, cuyas obras se dieron a conocer en sendas traducciones latinas.

Nos referimos, en primer lugar, a la obra de Dictis Cretense (original griego de finales del I d. C.), conocido por una versión latina del siglo IV d. C., la *Ephemeris Belli Troiani*; en segundo, a Dares Frigio, conocido por la versión latina *De Excidio Troiae Historia*, del s. VI d. C.

Ambos afirman haber sido testigos oculares de la contienda troyana: Dictis del lado griego, Dares del troyano. Este dice que Helena no fue raptada en contra de su voluntad (10: *non inuitam eripiunt*), y al final de la guerra, ella retorna con Menelao más afligida que cuando había llegado (43: *maesta magis quam quando uenerat*). Dictis (I 9), aunque no explicita el consentimiento de Helena, cuenta que pidió a Príamo que no la devolviesen, bien por su pasión por Alejandro, o por temor a ser castigada.

Hemos dicho que Helena perdura en el Medievo, recibiendo los duros ataques de los moralistas, que incluso veían lógico que hubiera cometido adulterio y

15 Nos servimos de la traducción de Francisco A. García Romero (1997). Para el texto griego, hemos consultado la edición de F. Vian (1963-1969).

provocado la guerra, ya que si su padre se convirtió en cisne para engañar a Leda y poder así poseerla, «de aquel huevo non podía nacer buen polluelo», tal y como recoge un proverbio.

Menciones de ella, para mal, encontramos, según señala Jean-Louis Backès (1988: 698) en *Carmina Burana* 101, 45: *Causa rei talis meretrix fuit exitialis, / Femina fatalis feta malis*. «La causa de tal funesto suceso fue una meretriz, mujer funesta, fecunda en males».

O para bien (77, 14): *Deus, Deus meus, estne illa Helena vel est dea Venus?* «¡Dios, Dios mío!, ¿aquella es Helena o es la diosa Venus?»

En los infiernos de enamorados, tan característicos en la literatura medieval, no falta Helena, ni tampoco en los catálogos de mujeres famosas por su belleza.

Helena, raptada primero por Teseo y rescatada por sus hermanos los Dióscuros, raptada después por Alejandro-Paris y recuperada por su esposo. Sustraída al troyano en Egipto, o incluso ya antes en Esparta, y sustituida por un simulacro o doble. Vista por Eneas en el mundo de ultratumba o hecha volver de aquí en el *Fausto* de Goethe. Convertida en astro; casada en otra vida con Aquiles o transportada a la Isla Blanca, ¿fue en algún momento dueña de su destino?

Ella ha resistido a todo y a todos hasta nuestro tiempo.

Veamos como prueba, de entre numerosos autores, sólo unos pocos.

Así en *Fuegos* (1992), de Marguerite Yourcenar, en el episodio titulado «Patroclo o el destino», encontramos una recreación del motivo de la *toilette* de Helena, que en un escenario de guerra resulta cruel e inhumana:

Una noche o, más bien, un día impreciso caía sobre el llano: no hubiera podido decirse en qué dirección iba el crepúsculo. Las torres parecían rocas al pie de las montañas que parecían torres. Casandra aullaba sobre las murallas, dedicada al horrible trabajo de dar a luz al porvenir. La sangre se pegaba, como si fuera colorete, a las mejillas irreconocibles de los cadáveres. Helena pintaba su boca de vampiro con una barra de labios que recordaba a la sangre. Desde hacía muchos años, se habían instalado allí, una especie de rutina roja en donde la paz se mezclaba con la guerra...

Otro escritor, Salvador Espriu, en *Las rocas y el mar, lo azul* (1986: 96), nos ofrece a una Helena proyectada a nuestro tiempo: es, sorprendentemente, una dama aficionada a la arqueología que se presenta diciendo «Lamento defraudarles, pero mi conducta ha sido siempre decente...».

También está Helena en la *Cassandra* de Christa Wolf (2005). En esta obra, en forma de un monólogo interior, la desdichada hija de Príamo ofrece su propia visión y relato de la guerra de Troya; ella rememora lo sucedido y prevé lo venidero, pero sobre todo expresa su perplejidad ante lo que considera una guerra absurda, pues en realidad Helena es sólo un fantasma. El relato de Cassandra se inspira fundamentalmente en episodios posthoméricos latino-tardíos, de Dictis y Dares, introduce en otro contexto el motivo estesticoreo. Pero su mirada a la tradición no le impide innovar con alusiones a supuestos amores de Cassandra y Eneas.

Helena nos llega, de nuevo, de la mano del escritor italiano Luciano de Crescenzo, en su novela *Helena, Helena, amor mío* (1992). Profundo conocedor de la Antigüedad Clásica, Crescenzo refunde motivos homéricos, de Hesíodo, Eurípides, Virgilio y otras fuentes. Desmitifica a los dioses (el juicio de Paris, por ejemplo, es la primera elección de Miss Universo) y a personajes venerables. Así, el noble Príamo, agobiado por su numerosa descendencia, pregunta a su esposa Hécuba:

-Hecu, ¿a qué cifra hemos llegado (de hijos)?

-A cincuenta (responde ella)

-Bueno, bueno, pero hay que parar.

Helena es una prostituta, de la que cuentan que fue la causa de que Deífobo muriera a manos de Menelao, y que cuando éste se abalanzó sobre ella para matarla con su espada, se soltó la túnica de seda y exhibió el cándido seno. Mucho se habla de Helena, pero nadie la ha visto: ¡Helena es un fantasma, una nube con formas femeninas, construida por Hera sólo para destruir Troya!

Hasta aquí hemos recorrido autores y obras que desde Homero hasta la actualidad tratan de Helena, a la que se despoja del sistema de los valores vigentes en la poesía heroica y va adquiriendo nuevos significados según la época de que se trate: esposa fiel, adúltera; inocente, o chivo expiatorio y por lo tanto culpable; símbolo sexual, quintaesencia de la feminidad; meretriz, vampira, o mejor, vampiresa. Ella puede ser todo esto y no perdurar en ninguno de estos prototipos.

Para explicarlo, recordemos lo que Luis Gil Fernández (1975: 20-21) dice:

¿Qué explicación cabe dar a la evolución y a la transmutación de un mito cuando no se puede atestiguar el deliberado deseo de cambiarlo?

La respuesta a este interrogante se encuentra, a nuestro juicio, en lo que vamos a llamar carga mitopoética. Los diversos elementos que integran la trama narrativa de un relato mítico –los personajes, el argumento, las situaciones– no todos se encuentran en el mismo plano, ni todos tienen la misma importancia dentro del conjunto... Pues bien, la carga mitopoética se define no sólo por la función que desempeña cada elemento en el relato, por los hilos de la urdimbre narrativa que en él se anudan o por los simbolismos que en él convergen, sino por las posibilidades que ofrece de ampliar el número de funciones, de relacionarse con otros mitos existentes y contraer nuevos valores simbólicos.

Es así como los textos modernos dialogan con los del pasado y recogen sus motivos y sus experiencias, desmitifican para volver a mitificar.

BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA

- ALLEN, Th.-MONRO, David B. (eds.) (2004): *Homeri Opera: I-II Odyssea*. Oxford: Oxford Classical Texts.
- BACKÉS, Jean Louis (1988): «Hélène (et la guerre de Troie)» en: *Dictionnaire des Mythes Littéraires*, sous la direction du Professeur Pierre Brunel. París: Le Rocher Ed., pp. 693-703.
- BETTINI, Maurizio-BRILLANTE, Carlo (2008): *El mito de Helena. Imágenes y relatos de Grecia a nuestros días*. Trad. de Fátima Díaz Platas. Madrid: Akal.
- BURNET, John (ed.) (1961-1964): *Platonis Opera: I-II-III-IV-V*, vol. II. Oxford: Oxford Classical Texts.
- CRESCENZO, Luciano de (1992): *Helena, Helena, amor mío*. Trad. de Atilio Pentimalli Melacrino. Barcelona: Seix Barral.
- CRESPO GÜEMES, Emilio (1991): *Homero. Iliada*. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos.
- EISENHUT, Werner (ed.) (1958): *Dictys Cretensis Ephemeridos Belli Troiani. Libri VI a Lucio Septimio ex graeco in latinum sermonem translati*. Leipzig.
- ESPRIU, Salvador (1986): *Las rocas y el mar, lo azul*. Trad. de Mireia Mur. Barcelona-Madrid: Alianza Editorial/ Enciclopèdia Catalana.
- FERNÁNDEZ CASTRO, María Cruz (2001): *Leyendas de la guerra de Troya*. Madrid: Aldebarán.
- GARCÍA GUAL, Carlos (2004): *Homero. Odisea*. Madrid: Alianza Editorial.
- GARCÍA ROMERO, Francisco A. (ed.) (1997): *Quinto de Esmirna. Posthoméricas*. Madrid: Akal Clásica.
- GIL FERNÁNDEZ, Luis (1975): *Transmisión mítica*. Barcelona: Planeta.
- LÓPEZ FÉREZ, J. Antonio - LABIANO, J. Miguel (2004): en: Emilio Crespo (coord.): *Esquilo. Sófocles. Eurípides. Obras Completas*. Traductores de Eurípides. Madrid: Cátedra Biblioteca Aurea.
- LÓPEZ, Aurora (2007): «Helena en la poesía épica romana» en: *O mito de Helena de Tróia à actualidade I*. Coimbra: Universidade de Coimbra, Universidad de Granada, Universitat de València, Università di Foggia, pp. 255-271.
- MEISTER, Ferdinand (ed.) (1873): *Daretis Phrygii. De excidio Troiae Historia*. Leipzig.
- MERKELBACH, R.-WEST, M. L. (eds.) (1967): *Fragmenta Hesiodica*. Oxford: Clarendon Press.
- MONRO, David B.-ALLEN, Thomas W. (eds.) (1920³): *Homeri Opera: I-II Illias*. Oxford. — (1963): *Homeri Opera: I-II Odyssea*. Oxford.
- MOYA DEL BAÑO, Francisca (ed.) (1986): *Ovidio. Heroidas*. Madrid: Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, CSIC.
- MURRAY, Gilbert (ed.) (1962-1963): *Euripidis Fabulae: I-II-III*. Oxford: Oxford Classical Texts.
- MYNORS, Roger A. B. (ed.) (1969): *P. Vergili Maronis Opera*. Oxford: Oxford Classical Texts.
- PAGE, T. E. (ed.) (1959): *Pausanias. Description of Greece, I-II-III-IV-V*. Cambridge-Londres: Harvard University Press.
- PÉREZ JIMÉNEZ, Aurelio-MARTÍNEZ DÍEZ, Alfonso (1978): *Hesíodo. Obras y Fragmentos*. Introducción, traducción y notas. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos.
- ROSEN, Haim B. (ed.) (1997): *Herodotus. Historiae*. Leipzig: Teubner.

- RUIZ DE ELVIRA, Antonio (1974): «Helena. Mito y etopeya», *Cuadernos de Filología Clásica* 6, pp. 95-133.
- (ed.) (1964-1983-1990): *Ovidio. Metamorfosis: I-II-III*. Madrid: Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos, CSIC.
- SCHRADER, Carlos - RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco (1992): *Heródoto. Historia*. Traducción e introducción. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos.
- SOLMSEN, F.-MERKELBACH, R.-WEST, L. (eds.) (1970): *Hesiodi Theogonia, Opera et Dies, Scutum, Fragmenta selecta*. Oxford: Oxford Classical Texts.
- STOHLMANN, Jürgen. (ed.) (1968): *Daretis Phrygii. De Excidio Troiae Historia*. Wuppertal, Ratingen, Düsseldorf: A. Henn Verlag.
- VIAN, Francis *et al.* (eds.) (1963-1969): *Quintus de Smyrne. La suite d'Homère*, 3 vols. París: Les Belles Lettres.
- WOLF, Christa (2005): *Casandra* (Novela Histórica). Trad. de Miguel Sáenz. Madrid: El País.
- YOURCENAR, Marguerite (1992): *Fuegos*. Trad. de Emma Calatayud. Madrid: Alfaguara.

Recibido el 17 de octubre de 2013
Aceptado el 11 de diciembre de 2013
BIBLID [1132-8231 (2014) 25: 113-126]